

## Un ensayo de Pau Luque sobre moral y ficción, premio Anagrama

CARLES GELI, **Barcelona**  
Son tiempos de realidad pura y dura, supuestas certezas absolutas cimentadas en datos e imágenes. Por ello, no debería haber espacio ni para la incertidumbre ni la imperfección, y menos para plantearse si el arte, y más si se esconde tras formas incorrectas, puede ser moralmente condenable. O quizá no. Ese es el debate que entabla el ensayista Pau Luque en *Las cosas como son y otras fantasías*, con la que el profesor de Filosofía del Derecho ganó ayer en Barcelona los 8.000 euros con que está dotado el 48º premio Anagrama de Ensayo.

*Moral, imaginación y arte narrativo* es el subtítulo de la obra, donde Luque (Barcelona, 1982) defiende que el universo moral sólo se puede ensanchar aceptando los embates de lo que es dudoso, asumiendo la imaginación más punzante. “El arte debe ser moralista en el sentido que debe explorar virtudes morales imperfectas, como la imaginación, la nobleza, la amistad, la lealtad, la crueldad, la venganza o el poder”, dice el galardonado, que cree que esos ámbitos “nos ayudan a saber más de nuestras vidas que otras virtudes morales perfectas”, como el bien o la justicia.

### **Cultura incómoda**

Para constatarlo, el profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (donde vive desde 2014) recorre a obras moralmente incómodas, como la música de Nick Cave o novelas como *Lolita*, de Vladimir Nabokov, o *El mar, el mar*, de Iris Murdoch. Luque, colaborador de EL PAÍS, también lleva la reflexión al cine, con dos filmes controvertidos: *Irreversible*, de Gaspar Noé, y *La pianista*, de Michael Haneke.

La lección: “no hay moral sin desorden moral; eso define nuestras vidas morales”, sentencia. Y las exploraciones de esa moralidad también las detecta en autores actuales como Irene Solà o Luna Miguel. “Imaginan también no la bondad, sino la maldad”. Pero esas miradas conllevan que esos artistas o pensadores queden relegados. “Reverdece esa voluntad de expulsar a poetas y artistas de la polis, algo cíclico”, cree, y que tiene como corolario “su papel menguante en los *mass media*, donde hay una sobreexigencia de realidad y hechos, un desprestigio de la imaginación...”. Son tiempos de exaltar en demasía lo etiquetado como basado en hechos reales: “El prestigio de eso se contrapone a la literatura imaginativa; reivindicó que la imaginación también sirve para hablar de la realidad, con ella se llega a ángulos morales sólo alcanzables desde la imaginación”.